

Aeracia

Año I

Núm. 2

Suplemento á TIERRA Y LIBERTAD

Para qué sirven los progresos de la industria

Quedamos en que cada vez se hace sentir más la necesidad de revisar las teorías que circulan bajo el nombre de socialismo. Es necesario, al menos para los que desean la emancipación efectiva de la masa de los trabajadores, ver qué queda todavía de socialismo propiamente dicho en los programas—compromisos que están hoy en boga—y rechazar de lo que se ha introducido todo aquello que contribuye á conservar la explotación del hombre por el hombre; rechazar aquello que dulcifica ligeramente lo que hay de más repugnante en la explotación, pero que arma al mismo tiempo al Estado *burgués* de poderes en que ni él mismo osaba soñar hace cincuenta años.

Esta necesidad es tanto más urgente cuanto que las condiciones de la lucha entre el proletariado y las clases acomodadas cambian, aunque no siempre en ventaja de los proletarios. Antes al contrario, el resultado es que las fuerzas opuestas á su emancipación se acumularán si no se les combate á tiempo.

En efecto, si las condiciones intelectuales y morales de la lucha se mejoran para el proletariado,—las condiciones materiales, las condiciones económicas y políticas, al revés de lo que se enseña en los medios socialistas, hacen la lucha más difícil bajo ciertos aspectos,—lo que hace que el éxito de la lucha dependa de más de la *inteligencia*, de la *fuerza moral* y de la *fuerza de ataque de los trabajadores*.

Es engañar á los trabajadores, engañándose á sí mismo, persuadirles que todo el desarrollo de las sociedades basadas sobre la explotación tiende á abolir ésta, á hacerla imposible. Los dialécticos griegos podían hacer semejantes afirmaciones y obtener éxitos oratorios, pero carecen de valor en las luchas económicas de nuestros días. La evolución económica de las sociedades basadas sobre la explotación del pobre por el rico, trabaja tanto *contra* el explotado como *para* él—tanto *para* el capitalista como *contra* este.—La fuerza intelectual y moral del explotado, su fuerza de cohesión y su fuerza de ataque, decidirán en el conflicto que se desarrolla entre explotados y capitalistas.

Bajo este aspecto, pues, es de absoluta necesidad una revisión de la enseñanza socialista.

Está fuera de toda duda que la fuerza intelectual y moral de los explotados aumenta de año en año.

El trabajador lee hoy mucho más que leía al acercarse la revolución de 1848. Sabe mucho más y discute con más seguridad sobre lo concerniente á su emancipación. El desarrollo de las organizaciones de lucha obrera—los grupos de resistencia como se decía en La Internacional, ó los sindicatos como se dice hoy—que se ve en todos los países, la acción razonada de esas agrupaciones en sus luchas son la prueba. La misma Rusia, á pesar de todas las persecuciones del momento, ha visto organizarse más de 400.000 trabajadores, en grupos profesionales, es decir, en sindicatos, en menos de un año. Y este movimiento toma en todas partes—como se vió en La Internacional antes de la guerra de 1871,—el mismo carácter de lucha directa del trabajador contra el capitalista.

Por otra parte el obrero ha perdido ciertamente la confianza en las buenas intenciones de los burgueses, así como la fe que tenía antes de 1848 en la fuerza del cristianismo, para convertir á los burgueses á mejores intenciones. Aquella cándida fe que animaba á los socialistas franceses y comunistas místicos alemanes antes de 1848 ha desaparecido ya. Y si durante ese sombrío período de reacción que hemos atravesado desde la derrota de Francia y la *Commune* de París hasta el fin del siglo XIX se propagó una nueva ilusión, la del sufragio universal como medio de emancipación de los trabajadores, esa es también una ilusión que desaparece. La fe en el sufragio universal comienza á perderse hasta en Alemania y en Suiza.

Todo contribuye en la evolución actual de las sociedades civilizadas á despertar la inteligencia de los explotados y su sentimiento de dignidad personal; todo ayuda á extender entre ellos el saber y la consciencia de las injusticias sociales; todo tiende á destruir las ilusiones sobre socorros externos á que los explotados se inclinan para sostener su valor en medio de las vicisitudes de la lucha. Los fusilamientos del ministerio radical-socialista de Clemenceau-Briand-Viviani no son los que menos han contribuído á disipar esas ilusiones.

Bajo el aspecto intelectual todo favorece á los explotados.

En concepto económico sucede lo contrario de lo que hasta el día se ha enseñado en los medios socialistas. Nos hallamos en presencia de muchas fuerzas, una que trabaja en efecto para facilitar la emancipación de los explotados, en tanto que las otras trabajan con energía en sentido contrario. Pero el efecto final de estas fuerzas depende por entero de los explotados mismos.

Lo que nos admira sobre todo cuando observamos el desenvolvimiento moderno de las sociedades civilizadas, es el aumento prodigioso de la capacidad de producción del hombre. Podemos tomar cualquier rama de la industria, ó de la misma agricultura ó de la horticultura, y observamos que el hombre puede producir hoy, trabajando nueve ó diez horas diarias, diez, veinte veces más que producía de tejidos, calzado, construcciones, productos alimenticios, etc., trabajando doce ó catorce horas diarias hace treinta años. Y hallamos también que si este aumento no es general, si todavía no tenemos la misma productividad del trabajo en las ramas atrasadas de la industria ó bien en la agricultura sobre inmensos espacios, se debe á que

por una razón ó por otra los explotadores *no quieren*, no tratan de reemplazar un trabajo que produce poco por un trabajo que produciría mucho más. El poco precio del trabajo infantil, la oferta inmensa de brazos desocupados en los oficios que exigen poco ó casi nulo aprendizaje, en fin el deseo de continuar poseyendo grandes espacios del suelo y de conservar los derechos honoríficos que esa propiedad confiere al propietario, todo esto contribuye á retener el trabajo insuficientemente productivo. Pero es evidente que si la comunidad lo quisiera, podría decuplicar la productividad del trabajo en *todas* las ramas de la industria y de cultivo del suelo.

Ese enorme acrecentamiento de la fuerza de producción del hombre, es un inmenso progreso que hace que sea ya innecesaria la explotación del hombre por el hombre. Si es posible producir todo lo necesario destinando á esa producción cuatro ó cinco horas diarias, una sociedad de gentes civilizadas y hábiles en sus oficios sólo necesita entenderse para organizarse prescindiendo de toda explotación.

He ahí un gran progreso que debemos indudablemente al aspecto científico, no metafísico, tomado recientemente por el desarrollo intelectual de nuestras sociedades, progreso que hace salir el comunismo del dominio de los sueños y le constituye una posibilidad, una *necesidad*.

Pero como todo otro factor de desenvolvimiento humano, este hecho tiene también su lado opuesto. Este mismo acrecentamiento prodigioso de la productividad del trabajo, que hace el comunismo posible á condición de que los hombres quieran aprovechar de este acrecentamiento en interés de todos, se convierte en un instrumento de explotación, en un arma en las manos del explotador, si la sociedad, gracias á sus instituciones, deja al explotador aprovecharlo solo.

Así, en nuestras sociedades actuales, basadas sobre el individualismo capitalista burgués y la explotación del obrero, el acrecentamiento prodigioso de la productividad del trabajo se convierte en un arma más para el sostenimiento de la explotación.

La fuerza de producción del obrero ha decuplicado de cincuenta años á esta parte; ha centuplicado en ciertas ramas muy importantes. Un hombre provisto de buenas máquinas produce en seis meses, en las granjas de extensión media de 50 hectáreas, sobre el suelo medianamente productivo de las cercanías de Chicago, el trigo en harina necesario para la manutención anual de cien hombres. Un obrero en una fábrica de calzado fabrica en un año el calzado para mil personas, y así sucesivamente.

Pero los salarios de la gran masa obrera no han triplicado, ni doblado desde entonces, lo que hace que la parte del explotador haya crecido proporcionalmente. El aumento de la productividad del trabajo humano, que bajo ciertas instituciones hubiera debido ayudar á emancipar al ser humano, ha ayudado un poco al trabajador, aun bajo las instituciones que hoy existen, pero ha aprovechado mucho más al explotador.

La fuerza de explotación del capitalista ha aumentado. Y aparte de algunas excepciones, puede decirse que el enriquecimiento del patrón á expensas de los obreros que trabajan para él *va aumentando á medida que*

sus obreros se hacen más hábiles y que las máquinas hacen el trabajo humano más productivo. Su poder, su fuerza material aumenta á menos que los obreros les opongán su fuerza intelectual y su espíritu revolucionario.

Este progreso económico, como todos los demás factores económicos, es un arma de dos filos. No posee virtud alguna mística que le permita por su «substancia inmanente» realizar la emancipación de los trabajadores. Será un instrumento de emancipación ó un instrumento de explotación, según el empleo que los hombres le den en su sociedad: según las *ideas* que dominarán entre ellos, según sus *sentimientos de independencia*, según su *cohesión* entre explotados, según su *voluntad revolucionaria*.

Rebajad el nivel de todas estas fuerzas y no haréis, sino lo que hasta hoy se ha hecho: un instrumento que sirve para reforzar la explotación.

Como veremos, esto se aplica á todos los hechos de orden económico. Todos los hechos del progreso industrial serán, ya un instrumento de emancipación, ya un útil de servidumbre, según el uso que les dejen dar los trabajadores.

P. KROPOTKINE

UN ASPECTO ESPECIAL de la Revolución de Septiembre

Una de las consecuencias más importantes de la Revolución de Septiembre, quizá la predominante, con ser importantísima una de ellas, la ruptura de la unidad católica, fué la entrada del proletariado español en La Internacional.

En el presente aniversario, cuando por analogía de circunstancias, en vista del avance de la ola clerical, se trata de parodiar con el bloque democrático la extinguida Unión liberal, quizá sea útil suscitar este recuerdo, no sólo para determinar racionalmente la decisión de los trabajadores, sino también para indicar á todos la positiva vía progresiva.

Pocos años antes de aquel acontecimiento, el socialismo y el individualismo, eficaces elementos de investigación sociológica, eran materia de discusión únicamente entre los intelectuales, y apenas á un corto número de trabajadores en las capitales apasionaba la polémica entre *La Discusión* y *La Democracia*, sostenida por Pi y Margall y Castelar, pero esos mismos trabajadores no eran socialistas ni individualistas, sino sectarios, la única denominación que les correspondía era la de piistas y castelaristas.

En Andalucía, en Cataluña y en Madrid se había hecho cierta propaganda socialista en que los nombres de Guisasola, Terradas, Garrido y Sixto Cámara habían alcanzado gran prestigio, mas aquellos trabajos más tenían carácter de aspiración á una renovación política que de obra verdaderamente emancipadora. La misma organización obrera catalana, existente desde 1840, á pesar de su energía, que le llevó á plantear serias luchas en Barcelona en 1855, y de que había pasado por la prueba de la arbitrariedad

brutal del general Zapatero, no pasaba de ser una especie de sindicalismo resistente y de lo que hoy se denomina acción directa en defensa del jornal.

El derrumbamiento del trono español y la consiguiente efervescencia de ideas y pasiones fijó la atención de los internacionales, quienes, viendo ocasión propicia para atraer el proletariado español, hasta entonces indiferente, al gran movimiento internacional, pensaron en el envío de un emisario á España y en la publicación de un mensaje á los trabajadores españoles dirigidos por el Comité central ginebrino de la Asociación Internacional de los Trabajadores.

El emisario fué Fanelli, fundador en Madrid del núcleo organizador de La Internacional en España.

De aquel mensaje, publicado por la prensa popular, son los siguientes párrafos:

«La libertad sin la igualdad política, y ésta sin la igualdad económica, es un engaño. El pueblo suizo, que vive en república hace siglos, demuestra que la libertad política no cambia eficazmente las condiciones de existencia del trabajador... La igualdad positiva, que consiste en que todos los individuos estén en posesión de los mismos derechos, es decir, estén también en posesión de los capitales adquiridos por las generaciones pasadas, esa igualdad que es lo único que puede garantizar á cada uno el primero y el más imprescriptible de todos los derechos, el derecho de vivir, esa igualdad sólo puede obtenerse por la revolución social.

»Haced, pues, la revolución social.

»Los desheredados de la sociedad actual, teniendo una misma causa que defender y comprendiendo la necesidad de unirse, han fundado en Europa y en América, á través y á pesar de las fronteras creadas por nuestros opresores, la Asociación Internacional de los Trabajadores, cuyo objeto es el triunfo de la causa del trabajo contra el privilegio, contra el capital monopolizado y contra la propiedad hereditaria, iniquidad garantida por el Estado, institución altamente perturbadora, que perpetúa y desarrolla la desigualdad de condiciones, origen del desorden social.

»Hermanos de España, adheríos á nuestra obra... No os dejéis engañar por los explotadores constantes de todas las revoluciones, ni por los generales, ni por los demócratas burgueses... Recordad siempre que el pueblo no obtiene jamás sino las reformas que arranca, y que nunca, en ningún país, las clases dominantes han hecho concesiones voluntarias.

»Trabajadores, batid el hierro ahora que está candente, y que vuestra revolución sea la señal y el principio de la emancipación de todos los oprimidos del mundo.»

Aquello sí que abrió rápidamente nueva vía: no habían transcurrido muchos meses, y la Asociación para la Reforma de Aranceles, especie de escuela de retórica política, suspendía sus mitins periódicos en la Bolsa para quitar una tribuna de que se habían apoderado los internacionales; al año se publicó el manifiesto de la sección madrileña de La Internacional y aparecía su órgano *La Solidaridad*; medio año después se celebraba el primer Congreso obrero en Barcelona, que acordó su adhesión á La Internacional y con sus acuerdos sobre la Resistencia, la Cooperación, la Política y la Organización obrera dió la norma al proletariado, constituyéndole en entidad eminentemente progresiva y revolucionaria. Poco tiempo después tenían lugar aquellas luminosas Conferencias de San Isidro, donde

economistas célebres en la cátedra, en la tribuna y en la prensa recibían lecciones de derecho, de economía y hasta de elocuencia de Enrique Borrrel, sastre; de Francisco Mora, zapatero; de Tomás Morago, grabador, y de otros.

Y llegó por fin el famoso debate sobre La Internacional, en que Castellar, de acuerdo con los internacionales suizos, dijo: «El advenimiento del pueblo no puede ser completo, no puede llegar á su madurez, si á las reformas políticas no acompañan las reformas económicas y sociales... Sería el último de los hombres si arrojase frases huecas al pueblo para excitar su hambre, y en el día del triunfo le dijera: yo no tengo que dar más que la libertad. Pues no, no tengo más que darle, no puedo dar al pueblo más que su derecho. Su redención debe depender de sus esfuerzos.»

Y agregó Salmerón: «El cuarto estado, que tiene ya el poder por ministerio del sufragio universal, que constituye el nervio de la sociedad; que es, no sólo el que trabaja y cultiva la tierra con sus brazos, el que ejerce la industria y el comercio, sino el que se dispone á recibir y á encarnar en sí el verbo de la civilización, y á quien acaso por vuestra ceguedad haréis el Cristo de las nuevas ideas, dice con toda justicia: Yo quiero la propiedad, mas no para mi goce y en mi egoísta provecho, como pretenden retenerla hoy las clases dominantes, sino porque soy el que trabajo y el que produzco, y de hoy más el que comienza á tener la idea y el sentido de la nueva dirección de la sociedad.»

Y Pi y Margall remachó el clavo diciendo: «¿No repetís aquí á todas horas que la propiedad es el complemento de la personalidad humana, que es la base *sine qua non* de la independencia de la familia, que es el lazo de unión entre las generaciones presentes y las generaciones futuras? Es natural que la clase proletaria diga: si la propiedad es el complemento de la personalidad humana, yo que siento en mí una personalidad tan alta como la de los hombres de las clases medias, necesito de la propiedad. Si la propiedad es la condición indispensable de la independencia, para la de mi familia necesito la propiedad. Si la propiedad es el lazo que une la generación presente con las generaciones venideras, necesito de la propiedad para constituir ese lazo entre yo y mis hijos.»

He ahí consignado el hecho de la iniciación de la vida intelectual y política del proletariado español, juzgado por eminentes políticos y desarrollado en su principio y en su continuidad por los mismos trabajadores. Su historia, como la de toda fuerza viva que viene á sacar á la humanidad del pantano de los errores dominantes y de los intereses creados, es muy accidentada, y, como en todos los grandes movimientos humanos, se encuentran entusiasmos, decepciones, heroísmos, traiciones y escasa constancia, sazonado todo ello con regresiones atávicas; ha habido persecuciones arbitrarias, crueldades inauditas; ha corrido la sangre, se han derramado copiosas lágrimas; pero el proletariado español, que no acudió al primer llamamiento de La Internacional, ha constituido un centro especial de difusión del ideal emancipador por sus organizadores, sus hombres de acción, sus escritores, sus oradores, sus emigrantes y sobre todo por sus mártires.

Bien pueden estar orgullosos de su obra aquellos muchachos del Fomento de las Artes y de los grupos de Antón Martín, de los que ¡ay! quedamos muy pocos, que recibieron el sublime depósito de la idea que les confió el insigne Fanelli.

ANSELMO LORENZO

Socialismo burgués

La burguesía que no transigió con el socialismo de la Internacional y puso á ésta fuera de la ley; la burguesía que no transige con el socialismo de los Kropotkine, de los Malatesta, de los Grave, de los Mella, de los Faure, de los Gori, de los Nieuwenhuis, de los Lorenzo, de los Fabbri, de los Malato, de los Molinari, de los Pouget y de los Cornelissen, y califica á estos pensadores de «utopistas, violentos, desequilibrados y catastróficos», transige, en cambio, y mima al socialismo de los Millerand, de los Ferrri, de los Jaurés, de los Bebel, de los Turati, de los Viviani, de los Iglesias, de los Guesde, de los Colajanni y de los Vandervelde, y les llama «sensatos, prácticos, grandes políticos y hombres de gobierno». Para la burguesía intelectual, que es la que desarrolla la acción política de la burguesía propietaria y capitalista, orientando esta acción política, cuando precisa un cambio de forma que parezca progresivo, en el sentido de los intereses y perduración del privilegio que disfrutaban todas las clases burguesas, el socialismo de aquella primera categoría de pensadores no es tal socialismo, sino puro caos, una regresión hacia la barbarie, y el socialismo de la segunda categoría de pensadores dipútanlo como una posibilidad de progreso que acabe con la guerra social, trayéndonos la consiguiente felicidad. Y lo bueno es que, á pesar de esta distinción que hace la burguesía, la finalidad social de ambas escuelas socialistas—colectivista estadista y comunista anarquista—es, ó era, en sus primitivos programas al menos, la misma, ó sea: socialización de la tierra, de las primeras materias, de los instrumentos del trabajo y medios de transporte, lo que equivale á una total expropiación de la burguesía.

¿Por qué, pues, esta preferencia burguesa por una determinada escuela socialista? Digámoslo de una vez bien claro y bien alto: porque la burguesía inteligente no siente ya ningún temor ante el actual socialismo de cátedra de los socialistas «científicos» que han arrinconado el programa máximo socialista por un programa mínimo democrático y que en fuerza de querer ser *prácticos* han relegado aquella finalidad social—común á ambas escuelas—para las Kalendas grecas, y siente temor, al contrario, ante este socialismo que pudiéramos llamar de la calle, del pueblo obrero que mantiene bien alta la bandera primitiva no manchada por las filtraciones de las doctrinas burguesas, y desdeñando el anodino reformismo de los «prácticos» por no contener ya nada del socialismo de la Internacional.

En efecto: este pseudo socialismo que reniega la *lucha de clases* que preconizaron la Internacional y los primeros socialistas (y que continúa preconizándola la escuela socialista-anarquista), y la sustituye por una *colaboración de clases*—son palabras textuales de los socialistas gubernamentales—que desvirtúa el antagonismo de los intereses económicos; este socialismo que califica de *socialización* las *municipalización* y *estadización* de ciertos servicios públicos (un capitalismo de segunda mano) que dejan subsistentes el capitalismo y la propiedad privada; este socialismo que, olvidándose de que la burguesía tuvo que apelar á la violencia para poder emanciparse del «feudo» y olvidándose asimismo de que la burguesía se ha armado hasta los dientes, reputa el inofensivo sufragio universal como medio excelente de emancipación obrera y castra la que podría ser enérgica *acción directa* del proletariado inoculándole el vacilus de la inter-

mediación política que somete al trabajador á eterno tutelaje; este socialismo que no quiere ver que la «ley de bronce del salario» anula á la corta ó á la larga todas las pretendidas ventajas del reformismo, este socialismo, repito, no es, en realidad, socialismo, sino pura democracia burguesa; no es el socialismo de los Marx y de los Bakunine de la Internacional, no es el socialismo del Manifiesto de los Comunistas, y contra esta democracia socialista de los que diciéndose discípulos de Marx no son marxistas, han hecho muy bien en rebelarse *siempre* los socialistas-anarquistas y ahora los socialistas-sindicalistas que optan por la acción *autónoma* del proletariado en su doble lucha contra el Capitalismo y su defensor el Estado.

La democracia—expresión política de los intereses económicos de la burguesía—se está volviendo socialista para matar el socialismo. Esto no saben verlo los obreros socialistas de buena fe que creen en la virtualidad de una «democracia-socialista» que es demócrata, pero no socialista, que representa intereses burgueses, pero no intereses obreros. El solo hecho de que la burguesía diga pestes del anarquismo—que es socialismo—y entone alabanzas al socialismo de Estado debería ser suficiente para abrir los ojos del trabajador y hacerle comprender que la democracia social, ó en otros términos, que el socialismo gubernamental, eleccionístico y parlamentarista, reformista, no es un peligro para la burguesía, sino para el proletariado, cuya emancipación integral quedaría aplazada indefinidamente.

Y de hecho, no es un peligro para la burguesía. Sus intelectuales, que á veces tienen momentos de sinceridad, cuando no son sinceros por despecho, comienzan á reconocerlo así. «Sin abdicar de las doctrinas colectivistas—decía días hace *El Diluvio*—los socialistas quedan incapacitados para gobernar... Ocupa un asiento ministerial Viviani; lo ha ocupado Bannerman; *pero no con el objeto de realizar uno y otro sus ideales colectivistas, SINO CON EL DE MIXTIFICARLOS.*» Y esto es precisamente lo que la escuela socialista-anarquista dice á los socialistas de Estado: yendo en pos de la conquista del poder político con el que sueñan vuestras personales ambiciones, mixtificáis el socialismo y acabáis dejándoos conquistar por los intereses económicos de la burguesía; dejáis de ser socialistas y os convertís en demócratas burgueses. La etiqueta socialista es lo de menos. El revolucionarismo del programa de vuestros antecesores se ha vuelto evolucionista al modo de la escuela positivista burguesa, la vieja lucha de clases se ha transformado en una teórica fusión de clases que oculta al trabajador el innegable antagonismo de intereses de clases, la acción directa del proletariado se detiene ante la urna electoral que fabrica nuevos amos políticos, el reformismo político-económico de este pseudo socialismo no ataca la raíz del privilegio y del monopolio de la posesión. Todo esto no es socialismo; es democracia. Ni siquiera tendríamos necesidad de descorder el velo que cubre esta mixtificación si el gran babieta no se llamase multitud. La misma burguesía nos ahorraría este trabajo con sus confesiones y sus preferencias.

Kropotkine tiene razón: se impone una revisión de las doctrinas que actualmente pasan por socialistas. Esta revisión la comenzaron ya tiempo atrás el holandés Nieuwenhuis y el ruso Tcherkesoff, y no dudamos que los teóricos la completarán, para desengaño de los trabajadores víctimas de esta desnaturalización del Socialismo, víctimas de este socialismo pretendidamente científico que relega la lucha económica—que es lo que interesa

al proletariado—á un plan secundario, y concede la prioridad á la lucha política, como si no la determinasen los intereses económicos, porque esto es lo que particularmente interesa á los intelectuales con etiqueta socialista.

Pero de momento lo que mayormente interesa al proletariado es atajar el paso á las nacientes ambiciones personales de esta juventud burguesa recién salida de las aulas que, deseosa de notoriedad y no ignorando que el republicanismo pierde terreno entre las masas obreras, se titula socialista y se cuela en el campo obrero con el oculto propósito de explotarlo. Es necesario que el proletariado diga á todos estos jovencuelos que andan equivocados. Al pueblo obrero debe ayudársele desinteresadamente, sin pedirle votos, ni aplausos, ni jefaturas que pueden ser lucrativas y transformarse en tiranías; sin hacerle servir de taburete para escalar los altos puestos de la política ó de la posición social burguesa. El proletariado tiene una piedra de toque para aquilatar el desinterés y la convicción de los hombres: escucharles atentamente, pero sin encumbrarles con sus aplausos ó con sus sufragios. Póngaseles á prueba. Si son de buena fe continuarán prestándole el concurso de su pluma ó de su palabra; pero si una ambición particularista les lleva á nuestro campo proletario, ellos mismos lo desertarán cuando vean que están verdes. Cuidado.

JOSÉ PRAT

Ciencia y Revolución

Hace unos tres años, un diario de París, *La Petite République*, con motivo de la revolución rusa y la prisión de Gorki, abrió una *enquête* entre los intelectuales franceses.

He aquí la respuesta del doctor Roux, director del Instituto Pasteur:

—¿Los acontecimientos de Rusia? ¿La prisión de Gorki? No sé nada; y lo siento mucho, pero no tengo elementos de apreciación.

—Sin embargo, la prisión de sabios y de literatos es un hecho.

—Aquí, en el Instituto Pasteur, no se hace más que de la bacteriología. Si usted tiene necesidad de alguna noticia sobre este asunto, se la daré con sumo gusto; pero sobre sucesos de Rusia, ni una palabra. Los ignoro por completo.

Mr. Moissan, miembro de la Academia de Ciencias, no fué menos elocuente:

—¿Qué piensa usted de la prisión de Gorki?

—No puedo responderle.

—Se trata de una cuestión de principios: la libertad del pensamiento.

—Soy mudo.

—¿Se basa su silencio en una opinión ó en la incompetencia de sus conocimientos acerca de la revolución rusa?

—No puedo responderle; permanezco en mi laboratorio.

—Pero, en fin, la actividad científica no impide á los sabios penetrar en otros dominios.

—No tengo tiempo para ocuparme de esas cosas.

Prescindimos de las opiniones de otros sabios comprendidos en la *enquête*: las respuestas de Roux y de Moissan pueden tomarse como modelos.

¡Bienaventurados los sabios que nacieron en un país como Francia, donde la sangre derramada á torrentes por los revolucionarios de todas las épocas ha permitido un progreso científico que no existe en la despótica Rusia! ¡Bienaventurados los que pueden dedicarse, con la tranquilidad de espíritu necesaria, á las investigaciones científicas, sin que la simple sospecha del tirano ó la falsa denuncia del espía puedan transportarles, desde el fondo de sus laboratorios, á las heladas estepas de Siberia ó los sombríos calabozos de la fortaleza de Sülzselbourg!

* * *

Si miramos un poco la historia, veremos cómo estos hombres, que no tienen tiempo de salir de sus laboratorios para ayudar á los oprimidos y alentarlos en la lucha contra los tiranos, han abandonado con frecuencia sus gabinetes de trabajo para mendigar la protección de los poderosos.

Salomón de Caus, muerto en 1613, dedicó á Luis XIII su obra *Les Raisons des Forces Mouvents*, donde se muestra precursor de Papin.

William Harvey, el descubridor de la circulación de la sangre, dedicó «al más ilustre é indomable príncipe Carlos, rey de la Gran Bretaña», etc., su famoso tratado *On the Heart and Blood*. El pueblo inglés, que no creía ni ilustre ni indomable al rey Carlos, poco tiempo después lo llevó al caldoso.

John Hunter, el fundador de la cirugía científica, dedicó «Al Rey» su gran trabajo *Inflammation and Gumshot*, el fruto de cuarenta años de investigaciones.

El físico Charles aceptó un asilo en las Tuilleries, donde le sorprendió la revolución. Aguijoneados por el deseo de justicia, los hombres del pueblo desfilaron delante de la puerta del sabio.—«Es el cuarto del hombre de los globos, dijo uno, pasemos: respeto á la ciencia.»

El químico Lavoisier fué menos afortunado. Cometió la imprudencia de salir de su laboratorio (no para tomar la Bastilla), y perdió la cabeza en la guillotina.

Mouge, Lagrange, Laplace, Berthollet y otros fueron amigos complacientes de Napoleón, uno de los mayores monstruos que registra la historia de la humanidad. Algunos de entre ellos, Mouge y Berthollet, acompañaron al pirata en la expedición de Egipto, sancionando con su presencia el saqueo y el asesinato...

¿Para qué seguir? Podríamos llenar muchas cuartillas, si lo creyéramos necesario, de las complacencias que tuvieron y tienen con los poderosos los hombres de ciencia, que con tanto desdén consideran las revueltas populares y á los revolucionarios.

Seríamos injustos no reconociendo que, en nuestra época, si sancionan la sociedad actual con su silencio, se dignifican en un cierto grado. Esto no es un obstáculo para que Lord Kelvin aceptara tan grotesto título sin protestar del insulto, y Sir Henry Thompson, que fué, sin duda alguna, el creador de la especialidad de vías urinarias, se enorgulleciera en sus obras (véase *Diseases on the Prostate*) titulándose «cirujano extraordinario del rey de los belgas», ese rey-tenorio tan deteriorado en lo que á dicha especialidad se refiere.

* * *

Pero si tocamos otro punto, nos vemos obligados á cambiar de tono y trocar las censuras en alabanzas. Porque estos hombres, en la lucha por la verdad, como los revolucionarios en la lucha por la justicia, han sido admirables rebeldes, dotados de una tenacidad que para nosotros quisiéramos.

No podríamos citar otro ejemplo mejor que el largo combate librado contra los partidarios de la antigua concepción geocéntrica y antropocéntrica, la revolución moral más grande que se ha realizado en la historia de la humanidad.

La ventaja que sobre nosotros tienen, en marcha por la verdad, es la aplicación falible de un método infalible, el método experimental, que más ó menos tarde los conduce á su posesión.

En el combate que nosotros libramos por la justicia, que también es la verdad, carecemos de táctica y de método muchas veces, preciso es reconocerlo, hasta de sentido común. No de otra manera se concibe que levanten todavía con soberbia sus cabezas muchos espectros del pasado, que hace tiempo debían de haber desaparecido, y que rodarán convertidos en polvo el día primero que pongamos sobre ellos nuestros puños.

Y una vez en posesión de la verdad, para obtener los resultados apetecidos, la acción es directa, sin desfallecimientos, sin vacilaciones.

¿Que la montaña es un obstáculo al paso de la locomotora? ¡Vía libre! El pico y la dinamita contra la montaña, hasta que abra sus entrañas de granito.

¿Que la gangrena de un órgano pone en peligro todo el organismo? Pues la cuchilla del cirujano que lo ampute.

¡Si un sistema tan preciso nosotros lo aplicásemos en la sociedad actual contra todos los obstáculos que se oponen al triunfo de la justicia!

¡Pobres D. Quijotes, que arremetemos contra los molinos de viento del privilegio, contruídos con los materiales de mil siglos de injusticias, sin más armas que nuestra lengua y sin más escudo que nuestro entusiasmo!

* * *

¡Ciencia y Revolución! Los dos grandes factores de la civilización. La Ciencia iluminando con la antorcha de la verdad el camino incierto seguido por los hombres en la marcha ascendente hacia el progreso; la Revolución barriendo todos los obstáculos puestos en ese camino por los insensatos partidarios del pasado, rompiendo las cadenas con las cuales los tiranos de todas las épocas han maniatado al pueblo para arrojarlo después impotente en las garras de sus explotadores y verdugos.

Hombres de ciencia, trabajadores silenciosos, investigadores de la verdad, no cerréis vuestros ojos á la verdad misma, cuando proclama la muerte de una sociedad monstruosa.

Revolucionarios, hombres abnegados, amantes de la justicia, en conformidad con los principios que profesáis, no cerréis vuestros ojos á la evidencia: proclamad el triunfo del brazo sobre la lengua, obrando en consecuencia.

Unos y otros habéis seguido la misma vía dolorosa, y todos os habéis encontrado en el suplicio con Miguel Servet, encarnación de la ciencia y de la rebeldía.

Unos y otros os encontraréis al final de la jornada y os daréis la mano sobre las ruinas de una sociedad destruída por vosotros, reintegrando á la

especie humana en las leyes evolutivas de la Naturaleza y comenzando una nueva etapa en la historia de la Humanidad, edad de oro por la que siempre han suspirado los hombres en medio de sus dolores é infortunios.

En espera de tan ansiado día, que los hombres de corazón rompan la marcha, los revolucionarios, los precursores, los que van sembrando con sus huesos el camino que después han de recorrer los otros.

PEDRO VALLINA

Aristócrata libre y libertaria

fragmento, ensayo y cata de **Los insumisos á la Accesión** episodio de rebeldía positiva

La casa del marqués, como se le nombraba en la comarca, participaba del carácter señorial y de labranza. Eran sus dueños el marqués, su hijo y su hija, quienes, aunque con residencia ordinaria en la capital, á la sazón pasaban allí la estación veraniega.

El marqués, como el tronco torcido y viejo de la fábula, con las ideas antiguas recibidas de un modo dogmático, los convencionalismos del mundo hechos en él tanto como ley sagrada costumbre invariable, era como la personificación de la rutina convertida en huesos, carne y sangre con forma humana.

Su heredero Andrés, recién provisto de conocimientos en el bazar de ciencias llamado Universidad, donde se venden diplomas profesionales como ropas hechas sin medida, que por confeccionarse por escala de talla y de grueso vienen bien á todos los individuos del grado correspondiente, aunque pasando por alto las especialidades de conformación, era doctor, sabía mucho, tiraba de largo en francachelas juveniles, porque su padre no era mezquino para permitir al sucesor el brillo correspondiente á su linaje.

Vidaura, su hermana, educada en un convento, joven de esplendente hermosura, se sentía dominada por los impulsos de la vida, los que, por las ideas con que se había nutrido su inteligencia, pasaban á su juicio por tentaciones maliciosas que han de ser dominadas con austeridades.

Todos en la casa se habían recogido.

En un lindo gabinete que antecede á una alcoba se halla Vidaura desnudándose para acostarse. Siente calor, y ligeramente envuelta en una vestidura blanca suelta y desceñida, semejando una de esas concepciones artísticas con que se nos representan figuras místicas femeninas, se asoma al balcón. Una noche serena con fulgores de estrellas, brisa tenue, aromas campestres, rumores de vida y un horizonte de abismo donde por no percibirse otras viviendas, accidentes del terreno, ni límite en el espacio ni en la tierra parece percibirse la sensación del infinito, se ofrece á su consideración.

Vive en perfecta salud; la vida universal le rodea, y sus sentimientos y su inteligencia, en contacto con aquella inmensidad viviente, recibe sensaciones grandiosas, nuevas, indefinidas; tan pronto pierde el concepto de su individualidad como si fuera parte mínima de aquel todo que le rodea, como se siente engrandecida hasta el punto de parecerle aquel universo

una sencilla estancia construida para su particular conveniencia. Grande es todo, grandísimas son las manifestaciones de tanta grandeza, pero aquella vía láctea—infinidad de mundos que apenas puede apreciarse como unidad para formar cantidades con que intentar cálculos capaces de aventurar una concepción del infinito, — aunque comprendan infinitas inteligencias individuales, nada es, nada son pasional ni intelectual por sí, viven sujetas á un ritmo mecánico invariable cuyas leyes le son conocidas; seguirán moviéndose á eterno compás, y hoy, desechada la leyenda genesiaca como poesía de la ignorancia, sabe que no son los astros luminare postizos para servir á un tercer planeta de cierto sistema solar que, si se perdiera, menos sentida sería su falta en el concierto universal que la pérdida de piel causada en su mano por el leve rasguño de un alfiler. Tanta grandeza nada vale ante la concepción, que ve con su imaginación y que comprende en su inteligencia, del orden en que se desarrolla. Ella, leve átomo, materialmente tanto como nada comparado con el cuadro que tiene ante su vista, tiene el poder de convertirse en holgado receptor de aquel todo incommensurable.

Inteligencia poderosa, como poder ó como resultado mecánico de un organismo fuerte, saludable y bien equilibrado, se eleva sobre los superpuestos de la educación convencional, y con una lucidez admirable, toma los conocimientos positivamente científicos que no han podido menos de darle, los despoja de los añadidos de la superstición religiosa y de la moral amañada para que lo natural ceda su puesto á lo artificial, y en una especie de arrobamiento racional aprende en un momento de inspiración y de intuición lo que los sabios saben tras numerosos y pesados cálculos y después de muchos años de trabajo intelectual. Algo contrario al atavismo, que si existiera pudiera denominarse influencia precursora de los que no viven aún, anima su ser: el Dios de la eterna inacción, creador del mundo terrestre, ignorante de la pequeñez de su propia obra, engrandecida á última hora por astrónomos y geógrafos y empequeñecida siempre por los místicos creadores de la gloria, el purgatorio y el infierno, no puede ser para Vidaura el representante de lo absoluto; el Cristo, consubstancial con ese dios negado y abandonado, tipo definidor de la moral evangélica que exige á los que le siguen que tomen su cruz y se nieguen á sí mismos, no puede recibir acatamiento de la que sabe más que Dios y no se somete al suicidio parcial; el Espíritu Santo, que elabora los frutos del amor sin las sensaciones amorosas, que hace un hijo por delegación á una virgen, mujer que por no haber sentido los espasmos de la generación ni recibido en su útero el huevo fecundado por el varón no puede ser madre, no merecen él, ni su supuesta operada, ni menos el complaciente marido que tolera un hijo á la esposa que no ha conocido en un país donde se lapidaban las adúlteras, veneración ni respeto. La vida, el goce, la correlación y concordancia de todo y de todos en el conjunto universal, eso es lo verdadero, lo bueno y lo bello.

Vidaura, en un arranque de apasionada excitación, se despoja de la envoltura que le cubría, y Venus resplandeciente, Galatea hermosa, sol que brilla con todos los esplendores de la línea y del color, ya que la luz sólo es hermosa por las hermosuras que alumbra, se contempla con rebelde impudor ante un espejo, eleva sus manos á la cabeza, se vuelve á uno y otro lado, se palpa con admiración y complacencia, se asoma al balcón, recibe en su cuerpo desnudo la lujuriosa caricia que en forma de céfiro movedido

envuelve todo su cuerpo, causándole el enardecedor efecto de un beso apasionado, y movida por un impetuoso volitivo superior, abre la puerta é iluminando con su nivea y sonrosada blancura la negrura de la noche se lanza al jardín ansiosa de espacio no limitado por paredes, del mismo modo que en un momento libró su cuerpo de vestidura y su conciencia de supersticiones.

Corría al azar, sin otro anhelo que hallar un sitio despejado desde donde poder considerarse como punto central de aquel universo que le seducía, cuando de pronto dió en los brazos de un hombre desconocido..... X.

El mejor de los mundos

I

—¡Al huerto!... ¡Al huerto!...

—¡Sí, sí!... ¡Al huerto de tía Rosa!...

Este era el grito que lanzaban radiantes de alegría, saltando alborozados y tirando al aire sus gorras y pañuelos, revueltos en diferentes edades y sexo, los hijos de mi amigo, los de mi cuñado y los míos.

Al eco de aquella algarada infantil nos pusimos en marcha lentamente; las tres matronas se adelantaron como gallinas con pollos y nosotros detrás, hablando de todo y mirándolo todo, nos dejamos conducir hacia el careado huertecillo.

Era una de esas tardes que en el campo se siente la alegría de vivir.

Los tibios rayos del sol hiriendo con múltiples reflejos los cristales variados en colores de la antigua ermita; el tañido plañidero de lúgubre campana, recordando las creencias caducas y la vida inocente del abuelo campesino, el flujo y reflujo de aquellas viejecitas pálidas y arrugadas por los años, con su manto negro y ojos llorosos por el misticismo que arrancó lágrimas ante el altar de la Crucifixión de Jesús, y ya cansadas las rodillas del duro pavimento y el pecho dolorido á los golpes de *mea culpa*, retornaban al hogar, después del *deber* cumplido.

Más allá, los saludables campesinos, en diaria faena, descubiertos sus brazos atléticos y peludas pantorrillas, con medias de barro unos y otros con piernas relucientes por el zumo de la uva que acababan de aplastar; éstos, cantando aires del país con paso cadencioso tras las bestias cargadas del fruto de la vid, que tanto alegra el corazón; aquéllos jurando tras las mulas que, remisas, van hacia el carro lleno de barriles, que espera á la puerta de la granja...

El rebuzno del pollino oculto en el establo, que huele á distancia la hembra en celo pastando en la ladera. La vaca que cruza con el vientre abultado por la hierba y la ubre reventando por la leche, conducida por la Juanilla, de cabellos de oro, ojos de lumbre, cara de amañola y traje de mendiga. Los trinos de diferentes pajarillos que revolotean de la rama al suelo. El olor fuerte de la tierra entremezclado con el tufillo inexplicable que despiden las enaguas de las lugareñas, sacudidas por la brisa. Más adelante, en la llanura, el perfume ligero, fino, tenue de la viña; después el revuelto aroma del tomillo, del azahar, del pino, del romero; hasta el polvo imperceptible de la atmósfera, que trae á la memoria el abono del establo, se

penetraba en mi cuerpo por la boca, los ojos, los poros; tomaba posesión de mi organismo, latía en mi pecho, en mis músculos; sentía palpar en la tierra con su germinar constante; en el suelo, en el aire, en el mar. En todas partes veía al macho dispuesto á fecundizar, la hembra dispuesta á recibir, para reproducirse siempre, eternamente. Aquella tarde gritaban la planta, el insecto, la bestia, el hombre, todos á coro: ¡Amor! ¡Reproducción!

Al fin llegamos. El sol alumbraba sin calor, dando un barniz encantador á las plantas, las flores y los frutos. El viento mecía suavemente la enramada, halagando al oído ese murmullo del bosque cantado por los poetas, cuyo lenguaje entienden como su propio idioma los enamorados de la tierra. Los árboles, cuajados de frutas en sazón; las plantas, llenas de variadas flores.

El glu-glu del agua me volvió y la vi descender presurosa por la inclinada atarjea, viniendo al poco rato á besar los pies del hortelano que, con el azadón al brazo, la aguardaba para distribuirla á las sedientas coles, lechugas, rábanos, rosales, lilas, violetas, lirios, etc., á todos aquellos individuos que formaban ante mi contemplativa mirada una anarquía florestal.

Sentada en una piedra, junto al labriego, una *maga* cantaba por lo bajo el *arrorró*, en tanto que el chiquitín, rebelde, aprisionado en sus brazos, rojo de ira, gritaba en su lenguaje infantil: «á teta, á teta».

Allí muy cerca, cuasi oculto por la exuberancia del follaje, distinguí un tejado cubierto de hojas marchitas; era el cielo de la choza donde descansaba, vivía y se amaba aquel matrimonio medianero. Sobre las tejas un palomo azul, inflado el buche, arrullaba con gracia ardiente y voluptuosa á una blanca paloma que, agradecida de la pertinaz caricia, arrastró la cola abierta como un abanico, tomó un arista en el pico y se lanzó batiendo las alas á un agujero del apagado volcán que se alzaba frente al huerto de la tía Rosa. Preparaba el colchón para sus huevos.

Estrepitosas carcajadas juveniles me volvieron, y ví á mi amigo X y las tres matronas; él de pie sonriendo dichoso; ellas de rodillas llenando sus canastas de brevas, duraznos, ciruelas, almendras, lechugas, rábanos y flores.

Los árboles se habían llenado de pajarillos humanos que comían y gritaban, convirtiendo el huerto en ameno y delicioso paraíso. Por entre las ramas asomaban sus semblantes tersos del color de las cerezas, bañados en un sudor que me pareció la dicha derramándose por los poros de sus cuerpos.

Tuve miedo á tanta felicidad...

—¿Qué te parece?—me preguntó mi amigo.

—Una linterna mágica;—le contesté.

—Este es el mejor de los Mundos»—añadió.

El sol, indiferente á todo como el asceta, se ocultó, y emprendimos la marcha hacia nuestros respectivos hogares, con el alma henchida de luz, aromas, vida y amor. Dos horas después mis hijas dormían el sueño sonriente de la infancia saludable. Abrí la ventana, y la luna bañó sus lechos, acabando de poetizar aquel día apacible.

II

A la mañana siguiente lo recordé todo; pero una angustia melancólica embargaba mi espíritu.

¡Cómo!... ¿Este es «el mejor de los Mundos», para mí, que he visto hospitales, campos de batalla, manicomios, cárceles, lazaretos, salas de cirugía, cámaras de torturas, plazas de ejecución, etc.?

No; la tarde de ayer fué un sueño; el rey del Mundo es el dolor.

Así reflexionaba, cuando me anunciaron que mi amigo X estaba enfermo... ¿Qué tendría?... Una nadería, un catarro tal vez.

Dos días más tarde se agravaba... ¿qué era?

¡Ay! el rey del Mundo, el dolor, envió uno de sus monstruos, un cáncer que penetró en su boca, comió sus facés, desgarró su laringe, mordió su lengua, extinguió su voz, pudrió su nariz, bebió su sangre, chupó sus músculos, saltó sus ojos, y sin dar tregua, devorando siempre, en su perverso empeño, día y noche, insensible al quejido de la víctima, transformó aquella arrogante figura atlética de hermoso rostro, en unos cuantos huesos envueltos en un pellejo terroso é incoloro.

Concluía su obra se marchó dejando en el lecho un pingajo humano para que le dieran sepultura; y en el hogar de duelo, una madre con luto eterno en el alma y una esposa atribulada, bañando en amargo llanto tres cabecitas rubias que acababan de heredar este triste y desconsolador epíteto: huérfanos.

¡Ah! «¡Este es el mejor de los Mundos!»

¡Oh Dios de bondad! Si yo hubiese hecho un Mundo como el tuyo, el remordimiento de mi conciencia me habría obligado á levantarme la tapa de los sexos.

SECUNDINO DELGADO

Problema

Un propietario disfrutaba legalmente y en paz de unas riquezas.

Vino un ladrón y le despojó de una parte del dinero.

Vino un arbitrista y, con un negocio que resultó un timo, le sacó otra buena parte.

Vino una mujer hermosa y, fingiendo amor pero dándole positivo placer, extrajo gran cantidad.

Cayó enfermo y vino un cura y, prometiendo librarle de las penas del purgatorio, se le llevó el resto.

¿Cuál fué el mayor expropiador de los cinco?

—Te equivocas; son cuatro los que despojan al propietario de sus riquezas.

—No; no se trata de *sus* riquezas, sino de riquezas *disfrutadas legalmente*.

—Pues si las disfrutaba legalmente, ¿no eran tuyas?

—Ahí está la dificultad: ¿qué es *lo mío*, *lo tuyo* y *lo suyo*, ante la razón?

Se insertarán las respuestas razonables y concisas, echando al cesto las incongruentes y latosas.

Barcelona 1 octubre 1908